

<https://doi.org/10.32735/S2735-61752022000193155>

## REPENSAR LA DISCIPLINA HISTÓRICA DESDE ABAJO Y DESDE LA PERIFERIA. EL CASO CHILENO FRENTE A LOS NUEVOS DESAFÍOS\*

### RETHINKING HISTORICAL DISCIPLINE FROM BELOW AND FROM THE PERIPHERY. THE CHILEAN CASE FACING THE NEW CHALLENGES

Matías Alvarado Leyton<sup>1</sup>

[mfalvarado@uc.cl](mailto:mfalvarado@uc.cl)

<https://orcid.org/0000-0002-8743-8739>

Universidad San Sebastián

Santiago, Chile

#### RESUMEN

Este artículo repiensa las exigencias que atraviesa la disciplina histórica, particularmente aquellas que rodean o se vuelven evidentes desde la Historia Social. Se propone así una lectura de su naturaleza epistemológica, tomando en consideración su desarrollo en el orbe, para luego dar paso a la evolución que esta rama de la disciplina ha tenido en el país. Esto permite arrojar luces respecto a los pasos a seguir para conseguir no solo mejores resultados, sino también investigaciones más comprometidas y empáticas con las problemáticas que actualmente se viven, proponiendo un rol más activo del historiador en sociedad. Dicho esfuerzo cobra mayor sentido al considerar el creciente hermetismo de las últimas décadas en el cual se ha ensimismado la disciplina histórica, relegada incluso en la academia, y alejada de la población, limitada, muchas veces, a una crítica intrascendente al mundo que la rodea y del cual el historiador es parte.

**Palabras claves:** Historiografía; historia social; desafíos; compromisos; actualidad.

#### ABSTRACT

This article rethinks the demands that the historical discipline goes through, particularly those that surround or become evident from Social History. A reading of its epistemological nature is then proposed, taking into consideration its development in the world, to then give way to the evolution that this branch of the discipline has had in this country. This allows shedding light on the steps to follow to achieve not only better results, but also more committed and empathetic research with the problems currently being experienced, proposing a more active role for the historian in society. This effort makes more sense when considering the growing secrecy of the last decades in which the historical discipline has become absorbed, relegated even in the academy, and away from the population, limited, many times, to an inconsequential criticism of the world that surrounds it. and of which the historian is part.

**Key words:** Historiography; Social history; challenges; compromises; present.

---

\* Artículo recibido el 5 de enero de 2021; aceptado el 15 de abril de 2021.

<sup>1</sup> Dr. (c) en Historia por la Universidad San Sebastián. Magister en Historia, Pontificia Universidad Católica de Chile. Licenciado en Historia por la misma Universidad, Académico Carrera Pedagogía en Historia de la Universidad San Sebastián.

## Introducción

La disciplina histórica, así como cualquier ejercicio intelectual, vive en una constante revisión de sus resultados. Esto es habitual, puesto que, ante particulares avances, existe la obligación de reconsiderar lo hecho y lo por hacer. No obstante, dada su naturaleza (Lewis Gaddis, 2004), es posible señalar que ésta se ve más conflictuada, en tanto no solo se debe preocupar de lo endógeno, como los cambios de paradigmas entre sus practicantes y al interior de sí –como habitualmente lo hace la ciencia–, sino también de lo exógeno, es decir, de los cambios en el contexto mismo en el cual se encuentra inmersa –como es tal vez más apreciable en el arte. Con esto no se propone que la atención sobre una u otra cuestión sea exclusiva de la ciencia o el arte, sino simplemente que la disciplina histórica, al entenderse en un punto medio entre ambas, debe preocuparse conscientemente tanto de lo exógeno como de lo endógeno<sup>2</sup>.

Al respecto, dicho conflicto cobra un cariz especial al analizar la Historia Social, puesto que ésta tiene por objeto de estudio a la sociedad y, pese a la rigurosidad de sus investigaciones y la obvia adecuación a los cambios de paradigmas, es inevitable entrever una sensibilidad mayor de sus practicantes frente a los cambios en el contexto. De hecho, es presumible que, en parte, gracias a dicha sensibilidad haya surgido la Historia desde abajo y se haya tomado más en cuenta los aportes realizados desde la periferia, con enfoques renovados que buscan darles cabida a todos quienes antes no la tenían dentro de la disciplina.

Dicho esto, este artículo busca relevar algunas de las nuevas interrogantes a las cuales la disciplina se enfrenta, particularmente pensando en ésta desde abajo y desde la periferia, dados los cambios experimentados en ambos ejes. Para esto, primeramente, se realiza un recorrido buscando explicar cómo y porqué surge la Historia desde abajo. Luego se estudia la disciplina desde la periferia, centrándose en el caso chileno. Aquí se revisa la Escuela Marxista Clásica y la Nueva Historia Social, hitos en el país dentro de la Historia Social. Finalmente, se presta atención a los desafíos que suponen las nuevas e ineludibles interrogantes actuales, particularmente gracias al cambio en el contexto.

## La Historia desde abajo en el mundo

Desde sus orígenes, la disciplina histórica pareció sentar una clara preferencia respecto a los protagonistas de sus esfuerzos. Fue Heródoto quien señaló la necesidad de recordar y realzar aquellas “notables y singulares empresas realizadas” (Heródoto, 1992, p. 85), obviamente, por algunos. Si bien el así llamado padre de la disciplina también dedicó buena parte de sus investigaciones a ahondar en la cotidianeidad y minucias de poblaciones enteras como, por ejemplo, la egipcia, lo cierto es que fue éste quien sentó una preferencia que rápidamente se volvió un principio: la atención de la disciplina debía estar puesta en unos y, solo posteriormente y si era exclusivamente necesario, en el resto.

Aunque difícilmente se puede pensar en algún ejercicio intelectual que no precise de ciertas elecciones y/o priorizaciones en su desarrollo, aquella preferencia sentada por Heródoto pesó sobre cada uno de sus sucesores. Si bien, esto debe ser entendido en su contexto, en el cual la tradición épica tenía una evidente importancia y la población letrada correspondía a solo algunos (Balmaceda, 2013, pp. 11-29), lo cierto es que los historiadores venideros, en general, poco hicieron por desapegarse de esto.

---

<sup>2</sup> John Lewis Gaddis (2004) si bien no da cierre a una discusión centenaria, propone una defensa respecto a la idea de la Historia como una disciplina, transitando entre ciencia y arte, cuestión que, por lo demás, parece un punto de consenso lo suficientemente amplio en la actualidad.

Con el pasar de los siglos, el cuestionamiento no llegó y algunos historiadores parecieron acercarse aún más, por diversas razones, a aquellos hombres tras tan “notables y singulares empresas realizadas”, como quienes conformaron las cortes medievales (Aurell, 2013, p. 95). Esta preferencia por algunas acciones y sus protagonistas, los cuales no solo eran vistos como importantes, sino también como determinantes para el desarrollo de la misma historia, fue coartando toda la atención de la disciplina. De hecho, en el siglo XIX estos protagonistas comenzaron a ser catalogados como los “grandes personajes” (Carlyle, 1841). Líderes militares, políticos y religiosos fueron así los sujetos e incluso los objetos de estudio de las investigaciones de los historiadores por siglos, alcanzado incluso valía teórica, como si fuesen los únicos que no debiesen quedar en el olvido<sup>3</sup>.

No fue así hasta el siglo XX que, gracias a la crisis del historicismo clásico –en parte producto de los cuestionamientos traídos por la Gran Guerra–, se percibió e hizo patente la necesidad de ampliar el sujeto histórico y el objeto de estudio de la disciplina, cobrando inusitada importancia la Historia Social y la Historia Económica. De hecho, la publicación de *Annales*, inicialmente conocida como *Annales d'histoire économique et sociale*, es prueba de esto. Fundada en 1929 por Marc Bloch y Lucien Febvre, esta revista francesa trajo consigo una serie de cambios para la disciplina, entre los cuales destacó el abandono del sujeto histórico individualizado y del estudio de los acontecimientos con tintes militares, políticos y/o religiosos. La disciplina optaría desde entonces por dedicar sus investigaciones al estudio de los procesos y las estructuras sociales (Burke, 1999)<sup>4</sup>. Al respecto, Febvre señalaría en 1952 que “No hay historia económica y social por que se acabó y se fue. Hay la historia sin más, en su unidad. La historia que es por definición absolutamente social” (1970 [1952], p. 39).

Precisamente en este último año se funda *Past & Present*. Esta revista británica, también promotora de la Historia Social, albergó en sus páginas a una serie de historiadores, tanto marxistas como no marxistas, viéndose particularmente influida por la importancia que había alcanzado entre los intelectuales el materialismo histórico. Al respecto, destacaron los aportes realizados por el Grupo de Cambridge, compuesto por E. P. Thompson, Christopher Hill, Eric Hobsbawm, Raphael Samuel, Rodney Hilton y Dona Torr, entre otros. Fueron éstos quienes, advirtiendo las carencias del estructuralismo imperante y la falta de compromiso político entre sus pares –como sucedía por aquel entonces con *Annales*–, decidieron ir más allá, proponiendo en lo sucesivo un nuevo enfoque: la Historia desde abajo. Si bien quien acuñó este término fue Lucien Febvre (1932, p. 576), el Grupo de Cambridge fue el que le dio popularidad, precisamente en la década de 1960 (Thompson, 1966). Aunque son muchas las precisiones que se pueden hacer respecto a este enfoque, de modo general es posible señalar la opción por la gente común como sujeto histórico de sus investigaciones. Sin embargo, y pese a los esfuerzos, éstos siguieron invisibilizados por las estructuras sociales, ya que la Historia desde abajo, al menos inicialmente, tuvo un tinte estrictamente clasista, propio del marxismo, como se

---

<sup>3</sup> Thomas Carlyle señala que “For, as I take it, Universal History, the history of what man has accomplished in this world, is at bottom the History of the Great Men who have worked here. They were the leaders of men, these great ones; the modellers, patterns, and in a wide sense creators, of whatsoever the general mass of men contrived to do or to attain; all things that we see standing accomplished in the world are properly the outer material result, the practical realization and embodiment, of Thoughts that dwelt in the Great Men sent into the world: the soul of the whole world's history, it may justly be considered, were the history of these” (pp. 1-2).

<sup>4</sup> Peter Burke señala que “La publicación, que tiene ahora más de sesenta años, se fundó para promover un nuevo género de historia y la revista continúa alentando las innovaciones. Las ideas rectoras de *Annales* podrían resumirse brevemente del modo siguiente. En primer lugar, la sustitución de la tradicional narración de los acontecimientos por una historia analítica orientada por un problema. En segundo lugar, se propicia la historia de toda la gama de las actividades humanas en lugar de una historia primordialmente política. En tercer lugar –a fin de alcanzar los primeros dos objetivos– la colaboración con otras disciplinas, con la geografía, la sociología, la psicología, la economía, la lingüística, la antropología social, etc.” (pp. 11-12).

aprecia en *The Making of the English Working Class* y *The Poverty of Theory and Other Essays*, ambas obras de Thompson<sup>5</sup>.

A similares limitaciones se vio enfrentada la revista británica *History Workshop Journal*, fundada en 1976 por Raphael Samuel. Comprendida como “una empresa de colaboración” (1991, p. 15) en aras de una comprensión más acabada de la realidad, esta revista promovió desde un principio la Historia desde abajo y otros enfoques que optaban por posicionarse como sujeto histórico a la gente común, aunque nuevamente las estructuras sociales empleadas –y juzgadas– por los historiadores socialistas que colaboraron en sus páginas y, posteriormente, feministas, mantuvieron invisible a éstos.

Si bien, el quehacer de estas y otras revistas fue fundamental para contrarrestar algunos paradigmas del historicismo clásico aún vigentes, así como otras visiones academicistas de antaño, alcanzando muchas de éstas una inusitada popularidad y difusión, la superación de aquella invisibilización llegaría recién en la década de 1970, de mano de la Microhistoria (Ginzburg, 2009 [1976]; Cipolla, 1984 [1977]; Camporesi, 1999 [1980]; Levi, 1990 [1985]). No sería hasta alrededor del 2000 que la Historia desde abajo vería para sí dicha posibilidad, de una representación más vivida de sus protagonistas. Tim Hitchcock y Pamela Sharpe son ejemplo de esto, ofreciendo propuestas renovadoras de este enfoque (Sharpe, 1996; Hitchcock, King y Sharpe, 1997; Hitchcock, 2004).

De este modo, es posible señalar a la Historia desde abajo como un renovado enfoque de la Historia Social producto, particularmente, del influjo que tuvo el marxismo a mediados del siglo recién pasado dentro de la disciplina histórica, el cual se expandió durante las siguientes décadas. Al no solo optar por la sociedad como su objeto de estudio, sino por la gente común como sujeto histórico, la Historia desde abajo ha cobrado un sentido eminentemente político, de justicia social y reivindicación, e inclusive ético, buscando problematizar sobre los límites de lo bueno y lo malo de la vida en sociedad (Bahl, 2003, p. 135).

Sin embargo, caben algunas precisiones al respecto. Aunque deudora e inicialmente muy comprometida, la Historia desde abajo no se agota en el marxismo, puesto que no solo superó su crisis, sino que también se ha esforzado por ir más allá de las limitaciones de la disciplina y adaptarla a las exigencias del presente. Asimismo, aunque su expansión ha sido considerable en estas últimas décadas, ésta no puede ser vista como un fenómeno lisa y llanamente exitoso, puesto que es necesario tener en cuenta los obstáculos que enfrentó, así como las propias prácticas disciplinarias de cada una de las regiones a donde llegó. De hecho, actualmente, la Historia desde abajo y, tal vez más importante, la discusión en torno a ésta, se encuentran mayoritariamente recluidas entre los anglohablantes, particularmente en aquellos influenciados o provenientes de Reino Unido y Estados Unidos. Es en estas tradiciones sus practicantes han aunado fuerzas con la Historia Urbana y la Historia Local –y muchas veces con la *county history* estadounidense– para concentrarse en la gente común de una ciudad o pueblo, como lo demuestran las investigaciones de Stephen Poole y Nicholas Rogers sobre Georgia o de Jeffrey Morrison sobre Atlanta (Poole y Rogers, 2017; Morrison, 2019). Asimismo, en ambas tradiciones ha cobrado fuerza la preocupación por entender a aquellos que inmigran hacia estos

---

<sup>5</sup> Este autor ha sido uno de los que mayor injerencia ha tenido en la discusión en torno a la noción de clase tanto en el marxismo como en la disciplina histórica en general. Para Thompson, como como muestra en *The Making of the English Working Class*, la clase es el resultado de un proceso de toma de conciencia que se produce en el marco de la lucha de clases; no es algo que pueda definirse a priori ni de forma independiente de la conciencia de los actores sobre sus condiciones de existencia. Así, define la clase como una formación social y cultural que no existe por fuera de la historia concreta. Asimismo, en *The Poverty of Theory and Other Essays*, Thompson intervino en los debates contra el estructuralismo althusseriano. Tales posiciones han caracterizado al grupo de historiadores marxistas británicos como culturalistas, por el supuesto abandono del determinismo económico.

países, como en las investigaciones de Maurizio Marinelli sobre la representación artística de los chinos o de Nur Masalha sobre los palestinos (Marinelli, 2018; Masalha, 2016).

Es así como, para ahondar debidamente en este enfoque, esta vez desde la periferia, se ha escogido el caso chileno, puesto que éste no solo se muestra útil a los propósitos de este artículo, sino que también cuenta con una no despreciable tradición al respecto y ha experimentado, tanto ayer como hoy, cambios sustanciales en su contexto, siendo éstos homologables a los vividos en otros países de la región.

### **La Escuela Marxista Clásica y la Nueva Historia Social**

Un punto de partida adecuado para entender el caso chileno podría ubicarse con el surgimiento de la Escuela Marxista Clásica. Sin embargo, no puede perderse de vista que, durante las primeras décadas del siglo XX, tanto Chile como otros países de la región estuvieron enfrentados al recrudecimiento de la denominada “cuestión social”. Si bien, como señalan Julio Pinto y Verónica Valdivia, “Puede que, cuantitativamente hablando, la nueva miseria urbana e industrial no haya sido peor que la antigua miseria campesina o peonal, pero sin duda que su misma novedad, así como la inexistencia de redes establecidas de solidaridad y protección, o de normas reconocidas para negociar los conflictos, contribuyeron a dotarla de un carácter particularmente angustiante” (2001, p. 9). Y fue aquí cuando, como bien advierte Jorge Rojas, entre la década de 1920 y 1940, existieron ciertos “precursores” de la Historia Laboral –entre los cuales destacan Moisés Poblete Troncoso, Ángel Calderón Barra, Aristodemo Escobar Zenteno, Luis Heredia y Tulio Lagos Valenzuela, entre otros–, quienes aunque han sido poco reconocidos por la disciplina, contaron entre sus filas a algunos tan adelantados como Domingo Amunátegui Solar, el cual parece haber sido el primero en plantear la necesidad de reconocer el protagonismo de las clases más populares (Rojas, 2000, pp. 48-51). Su investigación titulada *Historia social de Chile* se publicó en 1932, en plena efervescencia social, cuestión que en parte explica este salto epistemológico respecto a sus contemporáneos, logrando reconocer que:

Hasta ahora sólo se ha escrito la historia política, propiamente tal, de nuestro país, la historia de los gobiernos, de las instituciones, de los hombres notables, de las principales familias, pero no se ha escrito la historia de las clases populares, de los modestos labriegos, de los artesanos, de los empleados domésticos, de los obreros, en otros términos, de los que no tienen apellido, de aquellos que llevan una vida oscura en la choza campesina o en el conventillo de la ciudad.

(Amunátegui, 1932, p. 7).

La influencia marxista, que concentró todos los esfuerzos en poner al proletariado como el exclusivo objeto de estudio, se colaría entre estos “precursores” a través de diferentes tesis y libros de divulgación, destacando entre éstos los de Ángel Calderón Barra, Aristodemo Escobar Zenteno y Tulio Lagos Valenzuela. No obstante, “En estos años, los intentos por reconstruir la historia de los trabajadores todavía no alcanzaron un gran desarrollo”, siendo una “tendencia que privilegiaba por sobre todo a los trabajadores organizados” (Rojas, 2000, pp. 50-51).

Respecto a la Escuela Marxista Clásica –compuesta por Julio César Jobet, Marcelo Segall, Hernán Ramírez Necochea, Jorge Barría Serón, Fernando Ortiz, Luis Viale y Enrique Reyes, entre otros–, ésta se desarrolló entre las décadas de 1950 y 1960, albergando una serie de

diferencias entre sus miembros, los cuales, a pesar de éstas “tuvieron como común denominador su reconocimiento explícito del marxismo como marco teórico y fuente inspiradora de su quehacer intelectual, además de un compromiso militante con el proceso de cambios sociales propiciado por distintas vertientes de la izquierda chilena” (Grez, 2005, p. 19). El proletariado, particularmente aquel industrial y minero, pasó así a ser su objeto de estudio y, en especial, su creciente organización y politización en una ideología que se entendía como libertadora, lo cual, si bien dejó de lado a un grueso de la población trabajadora que no se incorporó, ya era parte de una tendencia que se vivía en otros países, en “una época caracterizada por la constitución de una estrategia política que comenzaba a dar sus primeros pasos en la arena electoral y la lucha social” (Rojas, 2000, p. 51).

Sumado a esto, no se puede perder de vista que la Escuela Marxista Clásica se vio influida por “la historiografía liberal de los años 30 y 40, más sensible a las temáticas sociales y lejana de la herencia más elitista de la escuela conservadora” (Rojas, 2000, p. 51). Asimismo, y pese a que su desarrollo fue paralelo a *Annales* y la revolución historiográfica que supuso, la cual amplió el sujeto histórico y el objeto de estudio de la disciplina de manera muy positiva, pero ciertamente empobreció la relación con lo político, llegando incluso a prescindir de esto con su segunda generación, lo cierto es que su impacto llegó tardíamente a Chile. De hecho, Cristián Gazmuri se pregunta con “¿En qué historiadores chilenos del siglo XX influyó la primera y, en menor medida, segunda generación de la Escuela de los *Annales*?”, respondiendo que solo sobre “algunos de los historiadores del llamado «Grupo del Pedagógico»” (2009, p. 91)<sup>6</sup>. Como bien señala Sergio Grez, el eco de *Annales* “fue insignificante antes de la década de 1950 y la historia social siguió un curso espontáneo empujado por eclécticas influencias”, siendo precisamente este “atraso” la razón principal por la cual la Escuela Marxista Clásica no siguió “la criticable tendencia a evacuar la política de su campo de observaciones” (2005, p. 19). Empero, Gorka Villar rescata que este desarrollo se haya dado en un ambiente tan particular, es decir, entre las luchas por la hegemonía política, cultural y de resignificación del país (2020).

De hecho, la Escuela Marxista Clásica tuvo una preocupación particular por la dimensión política de los movimientos sociales, puesto que, al optar por el proletariado como objeto de estudio y sujeto histórico, se mantuvo constante en mostrar lo que en su concepción había sido el proceso de formación de una conciencia de clase, el cual, “según un proceso evolutivo más o menos lineal”, iba “desde las expresiones primarias de descontento social, a las mutuales, los sindicatos y los partidos políticos de la clase trabajadora”. Así, se hace “innegable que para ellos la historia social fue siempre una historia con la política incluida, según un proceso evolutivo más o menos lineal, desde las expresiones primarias de descontento social, a las mutuales, los sindicatos y los partidos políticos de la clase trabajadora” (Grez, 2005, p. 20).

Si bien las periodificaciones pueden parecer artificiales, se suele considerar que la Escuela Marxista Clásica tuvo su inauguración con la obra *Santiago Arcos Arlegui y la sociedad de la igualdad. Un socialista utopista chileno* (Jobet, 1942)<sup>7</sup> y su clausura llegó, abruptamente, con el golpe de Estado de 1973. Durante estos años, la Escuela Marxista Clásica se habría ceñido y recibido más o menos pasivamente los postulados políticos del marxismo internacional (Salazar, 2003, p. 50). Por lo demás, como si su solo cierre producto del cambio en el contexto no hubiese sido suficiente –el cual obligó a parte de sus miembros a salir al exilio–, la Escuela

---

<sup>6</sup> Cristián Gazmuri señala a Mario Góngora, Rolando Mellafe, Álvaro Jara y Sergio Villalobos, entre otros, como parte de este “«Grupo del Pedagógico»”, cuya recepción de la influencia de *Annales* deja en entredicho. Asimismo, respecto a la Escuela Marxista Clásica, señala que algunos trabajos de Hernán Ramírez Necochea se encuentran “en el borde entre el marxismo y la Escuela de los *Annales* [...], aunque no los principales, sólo los que estaban plenamente en consonancia con la metodología y contenidos ideológicos del comunismo” (p. 92).

<sup>7</sup> Dicha obra, por lo demás, fue la memoria de título de Julio César Jobet en el Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile, en 1938.

Marxista Clásica o, más bien, sus restos, atestiguaron la crisis del marxismo. Fue en el Seminario Internacional, realizado en Venecia entre el 11 y el 13 de noviembre de 1977, en que una serie de intelectuales de la talla de Louis Althusser, Régis Debray, Rossana Rossanda y Paul Sweezy, entre otros, concordaron en que el marxismo había desembocado para entonces en una grave crisis teórica, casi irreversible. Asimismo, dicha instancia trajo consigo un quiebre mucho más profundo, entre la escuela francesa –dominada por la filosofía estructuralista de Althusser y cercana a la herencia de Stalin– y la inglesa –concentrada en el historicismo de Thompson y más abierta a una alternativa con poca práctica política (Salazar, 2003, p. 48).

Más allá de sus aportes durante estos años, son variadas y muy bien justificadas las críticas hacia la Escuela Marxista Clásica. Luis Thielemann, por su parte, ha señalado que “Más que buscar verdades científicas sobre el campo popular, intentaron delinear un devenir teleológico de la clase trabajadora chilena en su caminar a la emancipación revolucionaria” (2013, p. 110). Francisco Díaz, por otra parte, ha señalado que “Pareciera existir un consenso en afirmar que la historiografía marxista clásica se caracterizó por operar bajo una lógica determinista o mecanicista” (2012, p. 148). No obstante, es ineludible el cambio en el contexto. Al respecto, Marcelo Casals ha señalado que sus exponentes “se sintieron demandados a establecer ciertas verdades, más preocupados de darle coherencia al discurso orgánico de vanguardia que de establecer cabezas de playa académicas, se alinearon al consenso estratégico que largamente dio origen a la Unidad Popular” (2010, pp. 11-13). Asimismo, Pamela Quiroga ha señalado que éstos realizaron sus investigaciones “bajo la concepción de que los historiadores tenían un rol social, un compromiso con los sectores populares y con los procesos de cambio social que estos intentaban llevar a cabo”, siendo su contexto de producción sumamente significativo para “comprender que su historiografía formó parte de un proyecto político de cambio social, que con todos los reparos posibles, se encontraba vigente en aquel periodo de ascendente lucha social” (2008, p. 8).

Si bien, es difícil precisar la contribución hecha por la Escuela Marxista Clásica y para algunos, como Luis Moulian, es “posible decir objetivamente que la historiografía marxista clásica no tiene seguidores en Chile” (1997, p. 125), ésta ciertamente ejerció mayor influencia de la cual se puede suponer. Tal y como sostiene Pablo Artaza, pese “a su disparidad generacional y gran cantidad de tensiones y disputas internas”, logró “articular un denominador común en torno al protagonismo histórico de un actor social hasta entonces ampliamente excluido de la historiografía: los trabajadores, y la construcción –a partir de este mismo actor– de un proyecto político nacional: la construcción del socialismo” (2013, p. 1). Además, como bien señala Jorge Rojas:

[...] la mirada triunfalista, clasista y vanguardista de la historia de los trabajadores no solo fue una característica asociada al esfuerzo de los historiadores formados como tales. Varios libros y folletos –además de muchos artículos de prensa– elaborados por trabajadores y dirigentes cubrieron diversos ámbitos sectoriales no abordados por la historiografía de raíz más académica. Así surgió la reconstrucción histórica –parcial– de los estucadores, los panaderos, los empleados particulares, los

ferroviarios, los obreros gráficos, etc., no siempre muy conocidos por el público masivo. (Rojas, 2000, p. 56)<sup>8</sup>.

Ya hacia 1980 o 1982, la conciencia de la crisis del marxismo se había instalado profundamente en la región europea –cuestión a la cual el suicidio de Nicos Poulantzas y el homicidio perpetrado por Louis Althusser, solo dieron más fuerza–, razón por la cual el grueso de sus reflexiones tomó un rumbo que podría llamarse “de búsqueda”. Fue así como surgieron distintas corrientes, las cuales, a su vez, abrieron nuevas líneas de investigación, no coincidentes con los postulados del marxismo dogmático –puesto que, en su conjunto, tendieron a depurarse de los componentes estructurales y estalinistas– ni tampoco coincidentes las unas con las otras. Es así cuando se empieza a hablar de posmarxismo (Salazar, 2003, p. 49). Asimismo, durante estos años, específicamente entre las décadas de 1970 y 1980, la región latinoamericana experimentó la instalación del neoliberalismo y la proliferación de distintas dictaduras cívico-militares. Frente a esto, muchos intelectuales, algunos ya vinculados al posmarxismo y a la izquierda política de la región –como Néstor García Canclini, Jesús Martín-Barbero y Beatriz Sarlo, entre otros–, dieron un giro hacia la modernidad periférica (Rincón, 1989; Pizarro, 1991; Cruz, 1997; Pratt, 2000; Brunner, 2001; Herrera, 2008; Kreimer, 2016).

En Chile, la recepción de estas y otras ideas fue compleja dado el sesgo antimarxista de la dictadura cívico-militar chilena. Sin embargo, tras la crisis económica de 1982 y la apertura política de 1983 –sumado al cambio de contexto generado en gran parte gracias a las jornadas de protestas de este último año–, fue posible que los intelectuales se sumaran ya más abiertamente a aquel proceso “de búsqueda”. Por lo demás, según Jorge Rojas, “El escepticismo en torno al esencialismo revolucionario que se le atribuía a la clase trabajadora, o bien la desconfianza respecto de las posibilidades mismas o el carácter del cambio revolucionario han hecho variar los énfasis de la investigación” (2000, p. 63). De esta manera, durante la década de 1980 comenzó a emerger un nuevo enfoque, la Nueva Historia Social. Encabezada por Gabriel Salazar, Julio Pinto y Sergio Grez, entre otros, ésta buscó romper definitivamente con algunas de las pautas de antaño –como el estructuralismo o la preocupación casi exclusiva por los trabajadores organizados y, más específicamente, por el proletariado industrial y minero– y apostó fuertemente por la reposición del sujeto histórico.

Sin embargo, como reconoce el propio Grez, se dio paso también a una valorización casi sin matices de la barbarie, irracional y sensual. Esto supuso la puesta en relieve del peonaje, los vagabundos y los marginales de todo tipo, redundando así la reconstrucción de historias predominantemente culturalistas en las que frecuentemente estos sujetos históricos aparecen como receptores pasivos –y víctimas impolutas– de las antojadizas y siempre malintencionadas políticas de la clase dirigente de turno. Estos sujetos históricos quedaban así en una posición incómoda, ya que, si bien en ciertos momentos carecieron de las capacidades para hacer algo al respecto, ésta parecía ser la norma, poniendo en entredicho la elección misma de éstos como sujetos históricos solo por su atractivo “ser natural” (2005, p. 21).

Esta crítica es lanzada abiertamente a Salazar, otrora “figura señera de la historiografía de izquierda” (Correa, 2001, p. 48), ya que éste, en su tesis doctoral publicada como *Labradores, peones y proletarios*, prescinde casi completamente de lo político, dejando a su sujeto histórico como un actor sin importancia en esta esfera. Aunque el mismo reconoce haber puesto demasiado énfasis en “lo económico, en desmedro de otras dimensiones (la política en sí, por ejemplo)” (Salazar, 1985, p. 59), su empresa paulatinamente comenzó a acercarse a “lo político”. Reconocido por algunos como representante de la “nueva historia chilena” (Moulián, 1999, p. 109), aunque “no se reivindica del análisis marxista” (Gaudichaud, 2013, p. 68), se

---

<sup>8</sup> Asimismo, Jorge Rojas señala que “Por entonces, los textos de historia social tuvieron una amplia difusión, como fue el caso del libro de Patricio Manns, *Breve síntesis del movimiento obrero*” (p. 56).



sumerge en nociones como la “clase política civil” y “clase política militar” en su amplia obra *Historia de Chile*, co-dirigida con Julio Pinto. En ésta, ambos autores denunciaron la presencia permanente de la violencia estatal y del autoritarismo, pero también de la violencia popular como forma de resistencia, como característica del régimen republicano chileno, muy lejos del lugar común de una democracia pacífica y consensual (Salazar y Pinto, 1999).

En esta óptica, como señala Franck Gaudichaud, el legítimo y necesario “retorno a lo social” debe evitar la ilusión de un proceso social separado de lo político, para saber articular, al contrario, los dos espacios intrínsecamente ligados entre sí durante periodos de grandes cambios revolucionarios (2013, p. 76). Como lo señala Sergio Grez, después del boom de la Nueva Historia Social, la cual reintrodujo la vida cotidiana de los trabajadores pobres y del “bajo pueblo” en el debate académico, se está tratando de elaborar una historia social y política de los actores populares (2005, pp. 28-29). Esta renovación historiográfica ya está en camino desde hace algunos años, como lo demostró la publicación de la obra colectiva coordinada por Julio Pinto, *Cuando hicimos historia. La experiencia de la Unidad Popular* (2005). Toda una generación de intelectuales chilenos y extranjeros está comprometida en esa renovación. Boris Cofré, estudiando a los pobladores y el campamento Nueva Habana (2007); Renzo Henríquez y sus investigaciones sobre la comuna de Maipú y su Cordón industrial (2008); o de Sandra Castillo y sus reflexiones sobre el poder popular (2009). Empero, esta óptica sería liderada prontamente por nombres como Jaime Massardo (2006), Verónica Valdivia (2017), Jorge Rojas (Rojas y Loyola, 2000), Rolando Álvarez (2003; 2011) y Alfredo Riquelme (2009), entre otros, quienes, con un apego más crítico con el marxismo y un compromiso político más tibio, dieron con nuevos enfoques y problemas.

No obstante, Luis G. de Muzzy no se equivoca al señalar que, al hacer el balance de la historiografía nacional, éste da como resultado un “total cero”, puesto que, entre otras cuestiones, el impacto de su trabajo se ha visto reducido a una mera “crítica liberal” o, si se quiere, a un “anecdotario lateral” de la vida nacional (2007, p. 193).

### Palabras finales

Como señaló Salazar en su momento, al anunciar una historiografía desde abajo y desde dentro, que “Los nuevos ‘marxismos’” coincidieran en no tener una “‘gran teoría’ que esté por sobre las búsquedas de todos”, merecía un “Enhorabuena”. No solo porque tal vez la cercanía a formulas pasadas había entorpecido el quehacer del historiador, sino también porque esto determinaba que “la investigación colectiva y permanente de la realidad propia y global queda a la orden del día, siempre y cuando haya una apertura hacia el lado y hacia abajo; esto es: que *todos* (incluyendo el propio pueblo) seamos investigadores y, a la vez, actores y sujetos de la historia” (2003, p. 52). A pesar de que él mismo, para algunos, pudo tal vez olvidarlas, sus palabras guardan todavía gran importancia.

La Historia Social se encuentra hoy en un momento de reflexión. Con esto no se quiere decir que esté detenida, todo lo contrario. No obstante, los cambios que ha sufrido el país (Estallido Social, crisis socioeconómica, ruptura del ciclo político, etc.) y el mundo (Pandemia de COVID-19, cuarta oleada feminista, crisis económica y medioambiental, ascenso de la extrema derecha, etc.), han repercutido fuertemente entre sus seguidores. Este impacto, endógeno y exógeno, ha significado un repensar de la disciplina y de esta particular rama. Parece ya no bastar con que todos sean parte de la historiografía, no si por esto no hay un cambio significativo en el panorama. El historiador parece entonces llamado a moldear su realidad, desde su trinchera, con lápiz y papel, con responsabilidad y velando por el bien que considere como el mayor para el resto, de quienes depende en tanto persona como investigador. Este compromiso, lejos de una ideología –aunque no por esto excluyente–, es consigo mismo, como ciudadano, como parte del mundo.

Si bien este llamado no es novedoso y no hace mucho tiempo algunos historiadores latinoamericanos lo trajeron a colación, como Enrique Florescano (2012), sí es necesario repensar este compromiso frente a los desafíos que actualmente atraviesa la academia. El salto epistemológico aún no es claro y, pese a la innegable importancia que el feminismo, el ecologismo y las disidencias sexuales, entre otras cuestiones, están cobrando, sí es posible señalar que ya no parece suficiente con que el historiador salude a estas y otras banderas, sino que también debe, todo lo indica así, resguardar su integridad y velar por su correcto izamiento. Ya no basta con ser parte del “anecdotario lateral”, como señalaba Muzzy. Ya no basta con que las discusiones se queden dentro de la academia y solo, en el mejor de los casos, sean publicadas años después. El devenir pone nuevamente en cuestión al historiador y, aunque el día de mañana se vuelva a recluir en sus cavilaciones, pareciese que hoy está llamado a hacer algo por su objeto de estudio, por su enfoque y por su disciplina, aunque sea algo minúsculo, aunque sea, incluso, desde la periferia.

## Referencias

- Álvarez, R. (2003). *Desde las sombras. Una historia de la clandestinidad comunista*. Santiago de Chile: LOM Ediciones.
- Álvarez, R. (2011). *Arriba los pobres del mundo. Cultura e identidad política del Partido Comunista de Chile entre democracia y dictadura, 1965-1990*. Santiago de Chile: LOM Ediciones.
- Amunátegui, D. (1932). *Historia social de Chile*. Santiago de Chile: Editorial Nascimento.
- Artaza, P. (2013). “Del ‘marxismo clásico’ a la nueva historia social: debates y tensiones en una vertiente del revisionismo historiográfico chileno”, Seminario de grado: Movimientos sociales populares y construcción de representaciones políticas, Universidad de Chile, Santiago de Chile.
- Aurell, J. (2013). “La historiografía medieval: siglos IX-XV”, en Jaume Aurell, Catalina Balmaceda, Peter Burke y Felipe Soza, *Comprender el pasado. Una historia de la escritura y el pensamiento histórico*. Madrid: Ediciones Akal.
- Bahl, V. (2003). “What Went Wrong with ‘History from Below’”, en *Economic and Political Weekly*, Vol. 38, N° 2.
- Balmaceda, C. (2013). “La Antigüedad clásica: Grecia y Roma”, en Jaume Aurell, Catalina Balmaceda, Peter Burke y Felipe Soza, *Comprender el pasado. Una historia de la escritura y el pensamiento histórico*, Madrid, Ediciones Akal.
- Brunner, J. J. (2001). “Modernidad: centro y periferia. Claves de lectura”, en *Estudios Públicos*, N° 83.
- Burke, P. (1999). *La revolución historiográfica francesa. La escuela de los Annales 1929-1984*, Barcelona, Editorial Gedisa.
- Camporesi, P. (1999) [1980]. *El pan salvaje*, Ciudad de México, Fondo de Cultura Económica.
- Casals, M. (2010). *El alba de una revolución: la izquierda y el proceso de construcción estratégica de la “vía chilena al socialismo” 1956-1970*. Santiago de Chile: LOM Ediciones.
- Castillo, S. (2009). *Cordones Industriales: nuevas formas de sociabilidad obrera y organización política popular (Chile, 1970-1973)*. Santiago de Chile: Escaparate.
- Carlyle, T. (1841). *On Heroes, Hero-Worship, & The Heroic in History*, Londres, James Fraser Publisher.
- Cipolla, C. (1984) [1977] *¿Quién rompió las rejas de Montelupo?*, Buenos Aires, Muchnik Editores.
- Cofré, B. (2007). *Campamento Nueva La Habana: el MIR y el movimiento de pobladores: 1970-1973*. Santiago de Chile: Escaparate.
- Correa, S. (2001). “Historiografía chilena de fin de siglo”, en *Revista Chilena de Humanidades*, N° 21.

- Cruz, J. (1997). "Discursos de la modernidad en las culturas periféricas: La vanguardia latinoamericana", en *Hispanérica*, N° 76/77.
- Díaz, F. (2012). "La cuestión del movimiento popular: lo político y lo social en la historia marxista clásica chilena, 1950-1973", en *Cuadernos de Historia*, N° 40.
- Febvre, L. (1932). "Albert Mathiez: un tempérament, une éducation", en *Annales d'histoire économique et sociale*, N° 18.
- Febvre, L. (1970) [1952]. *Combates por la historia*. Barcelona: Editorial Ariel.
- Florescano, E. (2012). *La función social de la historia*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica.
- Gaudichaud, F. (2013). "A 40 años del golpe. historiografía crítica y pistas de investigación para (re)pensar la unidad popular", en *Tiempo Histórico*, N°6.
- Gazmuri, C. (2009). *La historiografía chilena (1842-1970)*, Tomo II (1920-1970), Santiago de Chile: Taurus.
- Ginzburg, C. (2009) [1976]. *El queso y los gusanos. El cosmos según un molinero del siglo XVI*. Barcelona: Ediciones Península.
- Grez, S. (2005). "Escribir la historia de los sectores populares. ¿Con o sin la política incluida? A propósito de dos miradas a la historia social (Chile, siglo XIX)", en *Política*, Vol. 44.
- Henríquez, R. (2008). *Cordón Cerrillos Maipú. Experiencia en movimiento y ejercicios de poder popular*, Monografía. Santiago de Chile: Universidad ARCIS.
- Heródoto. (1992). *Historia. Libro I-II*. Madrid: Editorial Gredos.
- Herrera, B. (2008). "Modernidad periférica y metropolitana. El papel del mundo hispanoamericano", en *Bulletin Hispanique*, Vol. 110, N° 1.
- Hitchcock, T.; King, P. y Sharpe, P. (Eds.). (1997). *Chronicling Poverty: The Voices and Strategies of the English poor, 1640-1840*. Basingstoke: Palgrave Macmillan.
- Hitchcock, T. (2004). "A New History from Below", en *History Workshop Journal*, Vol. 57, N° 1.
- Jobet, J. C. (1942). *Santiago Arcos Arlegui y la sociedad de la igualdad. Un socialista utopista chileno*. Santiago de Chile: Imprenta Cultura.
- Kreimer, P. (ed.). (2016). *Contra viento y marea. Emergencia y desarrollo de campos científicos en la periferia: Argentina, segunda mitad del siglo XX*. Buenos Aires: CLACSO.
- Levi, G. 1990 [1985]. *La Herencia inmateral: la historia de un exorcista piemontés del siglo XVII*. Madrid: Editorial Nerea.
- Lewis, J. (2004). *El paisaje de la historia. Cómo los historiadores representan el pasado*. Barcelona: Editorial Anagrama.
- Massardo, J. (2006). *La formación del imaginario político de Luis Emilio Recabarren: contribución al estudio crítico de la cultura política de las clases subalternas de la sociedad chilena*. Santiago de Chile: LOM.
- Marinelli, M. (2018). "Urban history from below: the artworks of Zhang Dali, Jin Feng and Dai Guangyu", en Minna Valjakka y Meiqin Wang (eds.), *Visual Arts, Representations and Interventions in Contemporary China. Urbanized Interface*, Amsterdam, Amsterdam University Press.
- Masalha, N. (2016). "Palestinian History and Memory from-Below and from-Within", en Antonia Darder, Peter Mayo y João Paraskeva (eds.), *International Critical Pedagogy Reader*, New York, Routledge.
- Morrison, J. M. (2019). *Atlanta Underground: History from Below*, Connecticut, Globe Pequot Press.
- Moulian, L. (1997). "Marx y la historiografía chilena", en *Encuentro XXI*, N° 8.
- Moulian, L. (1999). "Balance historiográfico sobre los treinta años de la historia chilena", en Luis Vitale (ed.), *Para recuperar la memoria histórica: Frei, Allende, Pinochet*, Santiago de Chile: Editorial Chile-América/CESOC.
- Mussy, Luis G. de. (2007). "Historiografías comparadas. El 'total cero' de la historiografía chilena actual", en *ARBOR*, N° 724.
- Pinto, J. (coord.). (2005). *Cuando hicimos historia. La experiencia de la Unidad Popular*, Santiago de Chile: LOM Ediciones.

- Pinto, J. y Valdivia, V. (2001). *¿Revolución proletaria o querida chusma? Socialismo y Alessandrismo en la pugna por la politización pampina (1911-1932)*, Santiago de Chile: LOM Ediciones.
- Pizarro, A. (1991). "América Latina: Vanguardia y modernidad periférica", en *Hispanamérica*, N° 59.
- Poole, S. y Rogers, N. (2017). *Bristol from Below. Law, Authority and Protest in a Georgian City*, Suffolk, Boydell Press.
- Pratt, M. L. (2000). "La modernidad desde las Américas", en *Revista Iberoamericana*, N° 193.
- Quiroga, P. (2008). "Gramsci y la política. Una reflexión desde la historia de los derrotados", en Rolando Álvarez y Jaime Massardo, (eds.), *Gramsci: A 70 años de su muerte*, Santiago de Chile: Ariadna Ediciones.
- Rincón, C. (1989). "Modernidad periférica y el desafío de lo postmoderno: Perspectivas del arte narrativo latinoamericano", en *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, N° 29.
- Riquelme, A. (2009). *Rojo atardecer. El comunismo chileno entre la dictadura y la transición*. Santiago de Chile: Centro de Investigaciones Diego Barros Arana de la Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos.
- Rojas, J. (2000). "Los trabajadores en la historiografía chilena: balance y proyecciones", en *Revista de Economía & Trabajo*, N°10.
- Rojas, J. y Loyola, M. (2000). *Por un rojo amanecer: hacia una historia de los comunistas en Chile, s/e*.
- Samuel, R. (Ed.). (1991). *History Workshop. A Collectanea, 1967-1991, Documents, Memoirs, Critique and cumulative index to History Workshop Journal*, Oxford, History Workshop.
- Salazar, G. (1985). *Labradores, peones y proletarios. Formación y crisis de la sociedad popular chilena del siglo XIX*. Santiago de Chile: Ediciones Sur.
- Salazar, G. (2003). *La historia desde abajo y desde adentro*, Departamento de Teoría de las Artes, Facultad de Artes. Santiago de Chile: Universidad de Chile.
- Salazar, G. y Pinto, J. (1999). *Historia contemporánea de Chile*, tomo I. Santiago de Chile: LOM Ediciones.
- Sharpe, P. (1996). *Adapting to Capitalism. Working Women in the English Economy, 1700-1850*, Basingstoke, Palgrave Macmillan.
- Thielemann, L. (2013). "El Movimiento Popular y la historiografía en Chile: Elementos para un balance a 40 años del Golpe de Estado", en *Revista de Historia y Geografía*, N° 29.
- Thompson, E. P. (1964) [1963]. *The Making of the English Working Class*. New York: Random House.
- Thompson, E. P. (1966). "History from Below", en *Times Literary Supplement*, Vol. 65.
- Thompson, E. P. (1978). *The Poverty of Theory and Other Essays*, Londres, Merlin Press.
- Valdivia, V. (2017). *Subversión, coerción y consenso. Creando el Chile del siglo XX (1918-1938)*, Santiago de Chile: LOM Ediciones.
- Villar, G. (2020). *Compromiso militante y producción historiográfica. Hernán Ramírez Necochea y Julio César Jobet (1930-1973)*. Santiago de Chile: Editorial Universitaria.